

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

LOS USUREROS

Usurero: no se perdona el pecado sin que antes se restituya lo robado.

En una de sus conferencias, refería el P. Vicent el siguiente caso, muy curioso por cierto que le ocurrió en Madrid:

«Encontrábame en mi residencia y eran altas horas de la noche cuando de pronto entró en mi cuarto un Hermano portero y me dijo:

—P. Vicent: un señor llama á usted y dice que lleva encargo de otro que se está muriendo y que quiere que usted le oiga en Confesión.

—Pues voy allá—dije yo.

Salgo de mi cuarto, atravieso el umbral de la portería, y al salir á la calle me hacen subir á un carruaje que estaba allí cerca y me llevan á una casa, mejor dicho á un palacio. Atravieso lujosas estancias y entro en una alcoba donde hay un enfermo.

Yo, como entiendo algo de medicina, comprendí que el enfermo estaba muy grave. Me acomodo y oigo la confesión del enfermo y al terminar le dije:

—Nada, buen señor, usted se va al infierno derechito.

—¿Cómo?—me dijo asombrado el enfermo.

—Lo que usted oye,—le contesté yo.

—¿Sí?—exclamaba el enfermo;—pues la hemos hecho buena; yo que le había llamado á usted porque me habían informado de que usted tenía la manga ancha.....

—Sí, ¿eh? pues nada; usted va derechito al infierno como no restituya esos 60 000 duros que usted ha adquirido prestando dinero á tanto por 100 incalificables.

El enfermo, creyendo que trataba con algún hombre que se dejaba engañar fácilmente, habló de restituir, pidiéndome, antes la absolución.

Yo le dije:

—Nada, hermano; nada de palabras; usted llama ahora al notario y delante de él restituye usted en su testamento esa cantidad; y no pierda usted tiempo, porque le queda muy poca vida.

El enfermo se resistía diciéndome:

—Me han engañado, ¡y me decían que no había otro como usted que tuviera la manga tan ancha!

En vista de la terquedad del enfermo, me marché de la casa y me fuí á la residencia.

Apenas había llegado á ella, me encuentro con que otra vez el Hermano portero me decía que habían venido á buscarme.

Voy otra vez á la casa y me encuentro en la alcoba al enfermo y á un notario: ya se había hecho el testamento.

—Padre,—me decía el enfermo, —¿y mis hijas?—¡Ya no irán en coche!.....

—Pero ¿qué importa—le decía yo, que no vayan en coche? ya irán á pie.. usted que se salve.

Y santamente murió el pobrecito en mis brazos.

Así son todos los usureros, y lo mismo pasa con la calumnia; hay que devolver la fama que se quita; si no, no hay perdón de Dios».

LA REVOLUCIÓN EN LA CRUZ

En medio de los tiempos está la Cruz del Redentor alzada; de allí vendrá la fuerza, de allí el triunfo, de allí la luz, la salvación de España. A espaldas de ella están los pueblos muertos,

la pasión endiosada, la esclavitud, el cesarismo déspota, el torpe odio de razas, Marte brutal, Baco ébrio, Mercurio avaro y Venus descocada.

Frente á la Cruz, el hombre redimido que lucha y se levanta por encima de todas las miserias de la carne liviana, el deber que no cede ante el martirio, la caridad que hasta el leproso baja, la fe ardiente que mece en las alturas del éxtasis al alma,

los grandes ideales de la vida, los triunfos más gloriosos de la patria, Isabel y Colón, Teresa, Ignacio y Gonzalo de Córdoba y Juan de Austria.

¿Por qué hoy en medio de la regia pompa de un progreso brillante, caen las almas en los mismos umbrales de la vida muertos ya sin alientos ni esperanzas?

¿Por qué en el corazón la negra duda y la brutal blasfemia en la palabra y la horrenda catástrofe y el crimen agitando con saña el social edificio que vacila y tiembla y se desgaja?

¿Qué atmósfera de muerte nos rodea? ¿qué sucede?..... ¿qué pasa?.....

Que estamos otra vez en las vergüenzas de aquella torpe sociedad pagana; que hemos retrocedido veinte siglos y le hemos vuelto á Cristo las espaldas.

Luis Ram de Viu.

CURIOSA CIRCULAR

Merece conocerse la circular que la Sociedad gremio de Taberneros de San Sebastián ha dirigido á sus socios.

Dice así:

«Muy señor mío y apreciable compañero de gremio: No habrá pasado desapercibido para usted el hecho que voy á señalar á su consideración, por si juzga usted que ha llegado la hora de poner remedio pronto y eficaz.

Me refiero á esos jovencuelos de 15 á 18 años que acostumbran á frecuentar los establecimientos de bebidas, con un afán por lo visto, de emprender desde muchachos la senda del vicio y adquirir el hábito de la embriaguez, tan perjudicial para la sociedad si que también para el propio individuo.

Esos jovencitos llegan á los establecimientos de bebidas, piden un cuartillo como las personas mayores, reclaman una baraja y juegan y blasfeman de una manera tan escandalosa como digna de correctivo.

Los que somos padres sabemos cuál es el sitio más apropiado para nuestros hijos; la escuela ó el taller, nunca la taberna.

Y si como taberneros tenemos la obligación de dignificar el gremio, censurado por algunos que no ven con buenos ojos que en nuestros establecimientos demos albergue á la juventud, porque bebiendo, jugando y blasfemando se pervierte, como padres tenemos igualmente el deber de impedir por todos los medios posibles que la juventud adquiera desde su más tierna edad unos hábitos que tarde ó nunca desaparecen y y puede ser tal vez su perdición.

Por las razones expuestas y por otras que dejo á la consideración de usted, entiendo que se impone una acción común y que todos los que componemos el gremio de taberneros debemos llevar á la práctica para no expender en nuestros establecimientos ninguna clase de licores ni vinos á los jóvenes menores de diez y ocho años, y menos facilitarles barajas ni otros instrumentos de juego.

Aunque bajo el punto de vista comercial parezca que esta medida podría perjudicarnos en nuestros intereses, no lo es así, pues si bien es cierto que perderíamos esa venta in-

significante, podríamos aumentarla en cambio con mayor concurrencia de personas mayores que se abstienen hoy de entrar en las tabernas por no codearse con ciertos muchachos traviesos, mal hablados y acaso pendencieros.

Creo, querido compañero, que tal medida sería bien recibida por la opinión general, no perjudicaría nuestros intereses, y nos proporcionaría á todos una gran satisfacción.

Suplicándole me dispense las molestias que le pueda causar la lectura de este escrito, se despide de usted afectísimo compañero seguro servidor q. b. s. m. — El Presidente, *Ciriaco Berástegui* — San Sebastián, 2 de marzo de 1907.

Con esto, con que no permitan blasfemar tampoco á los mayores y no adulteren el vino, habrán realizado una buena obra, disminuyendo los perniciosos efectos de la taberna, por ellos mismos reconocidos y confesados.

AL PUEBLO

V.

Por los frutos se conoce el árbol

El gran libro de la Historia te dice claramente lo que fuiste, lo que valías (en el mercado y en la hacienda del amo) cuando el mundo no había aún oído la palabra del Hijo de Dios, y cómo después que Cristo expuso á las muchedumbres á pobres y á ricos sus salvadoras máximas tu dignificación fué completa, tu libertad verdadera.

En el primer número de esta revista he hablado ya algo acerca de esto en un artículo titulado «Tu único Redentor»; así que, por no repetir aquí lo ya dicho, paso adelante.

Puedes tener por cierto que si el Cristianismo no hubiese puesto un dique á la codicia insaciable de los poderosos, á la cruel tiranía de los amos que te esclavizaban, hoy seguirías siendo tan humillado, tan esclavo como entonces.

Mira bien lo que haces cuando contra el Cristianismo trabajas, cuando contra Cristo, tu UNICO Redentor, te revelas. ¿Pretendes portarte como el suicida que atenta contra su propia existencia?

Como una prueba más de la influencia bienhechora del Cristianismo en los órdenes todos de la vida, como argumento sin réplica, por que se entra por los ojos de la cara, digámoslo así, y que no puede menos de rendirte, si la Historia no satisface tu incredulidad, puedo traerte á esos amos, á esos patronos de quienes dependes, de quienes necesitas para tu sustento diario y el de tu familia.

¿Son buenos católicos? Entiéndelo bien: «buenos católicos», porque no todos los que se llaman católicos se portan como tales. ¿Son fieles cumplidores de las máximas de Cristo, de los mandatos de su Iglesia? ¿Si? Entonces no tendrás motivos, no, para renegar de la opresión burguesa, de la desconsideración del patrón, porque él sabrá conducirse contigo con arreglo á Justicia y caridad.

León Harmel, dueño de la famosa industria de Val de Bois, en Francia y á quien sus obreros quieren como á un padre ha dicho en un discurso reciente: «Hace

cuarenta años que tengo montada mi industria. Si no nos preocupamos de la justicia muy á pique estamos de faltar á ella. Yo pido á mis hijos que nunca dejen esta preocupación. Cuando vienen con la noche la reflexión y el descanso, después de un día de excesiva labor, el silencio y la soledad favorecen la reflexión. Entonces digo para mí: ¿Habré faltado por ventura á la justicia respecto á alguno de esos pequeños, cuyos derechos tanto interesan al Señor que los mira como á las pupilas de sus ojos?»

La fábrica de León Harmel es una fábrica modelo.

Pero ¿á qué buscar en Francia ejemplos de patronos cristianos, si aquí en España tenemos bastantes?

En Cataluña son bien conocidas una porción de «Colonias» verdaderos centros cristianos, lugares de paz y bienestar.

En Asturias, por no citar más casos, tenemos las industrias del cristiano caballero, señor marqués de Comillas, donde nada se omite al bien temporal y espiritual del obrero: Socorros, pensiones, viudedades, rifas de casas, premios de honor, sociedades de recreo, periódicos de sana lectura, capilla, participaciones en los beneficios etc., etc.

¿Que este régimen del marqués de Comillas en sus industrias tienen detractores?

Es cierto; «en boca del malo no hay uno bueno,

Por el contrario; el amo, el patrono á quien prestas tus servicios ¿es un hombre olvidado de Dios, de sus deberes religiosos, un positivista, como ahora se dice? entonces claro que en lugar de considerarte, de tratarte como á hermano, te mirará como un objeto de explotación, como una máquina á la que hay que cuidar para que no cese de producir, para que acreciente las ganancias del capitalista y nada más... ¿y nada más dije? ¡Ah, si solo se contentara con estol; pero ¿cuántas veces no insulta tu necesidad, tu pobreza; cuántas á tus quejas fundadas no replica de un modo que pone frío en el corazón? ¿verdad, pueblo amigo? Y aún hay más, porque «el hombre sin Dios, es temible por su tiranía;» como no te da ni para el necesario sustento, arranca de tu hogar á tu mujer, á tus hijos, seres débiles á quienes amas más que á tu vida, te los lleva á la fábrica á «trabajar como negros» por una miseria. La debilidad femenil, la inocencia de la niñez no es considerada. ¿Ves, cómo sin Dios la esclavitud pagana es la que te espera?

Oye hablar á uno de estos patronos, riquísimo por cierto y muy considerado: «Yo he combatido y combatiré siempre el descanso dominical. Tengo en mi casa un empleado hace más de cuarenta y cinco años; entró á nuestro servicio en vida de mi padre, de manera que lo tengo en mucha estima; hace poco tiempo este empleado me dijo: «Ya soy viejo y no puedo trabajar como antes, así, pues, os ruego me permitais venir más tarde por la mañana, aunque me marche también un poco más tarde por la noche.» Accedí desde luego á su petición, pero si en su lugar me hubiera pedido descansar los domingos, se lo hubiera negado en absoluto.

¡Pobre pueblo! ¡Infeliz pueblo que tales hombres tienes que sufrir! ¡Y más pobre y más infeliz todavía eres cuando para librarte de explotación tan inicua, que se va haciendo general, vas á caer en un peligro mucho mayor todavía: en el socialismo y el anarquismo.

Unos cuantos perdidos apóstoles del error, salidos de tus filas, por esto te

muestras más inclinado á creerles, viéndote tímido, y vacilante, sin rumbo fijo, deseando bienestar, vida, van en tu busca, tremolando la bandera de *libertad, igualdad, y fraternidad*, «tres palabras admirables que por ser mal entendidas van resultando tres abominaciones» según frase de un escritor liberal, y espigando en los campos de los utopistas de todas las edades, comienzan á halagar tus oídos con dulces promesas, con esperanzas seductoras, mezcladas con alguna que otra verdad para mejor atraerte y te atraen y les sigues y das la espalda á la Cruz que es tu única redención y ¡vuelves á caer en el más abyecto materialismo!

Dicesme que no es ese socialismo anárquico, producto de las mayores aberraciones del entendimiento humano al que tú das tus simpatías sino á ese otro socialismo que se llama cristiano.

No hay tal socialismo cristiano, pues no hay manera de conciliar el socialismo con el cristianismo porque descansan en principios antitéticos.

Piensa mejor, raciocina con más fundamento y te convencerás de esta gran verdad, de que socialismo y cristianismo son incompatibles.

El cristianismo es la verdad, es la luz esplendorosa que ilumina al mundo, que da paz y ventura á las conciencias, que salva á cuantos á él se acogen.

El socialismo es el error, es la impiedad, y el error y la impiedad no han curado nunca nada: son dos disolventes de primera y con ellos se cuenta para destruir, no para edificar.

Perfecto Amigo.

CHARLA

—Acabo de leer «El Amigo del Pobre» que me dieron ahí, en la calle y chócame mucho este verso que dice:

«Mira un buen matrimonio,
Y en él verás la imagen de la gloria.»

—¿Por qué te choca?

—Porque de eso de buenos matrimonios hay mucho que hablar.

—Pues habla.

—¡Si no los hay! ¿no ve V, que las mujeres son muy malas. ¡Le pudren á uno mas la sangre!...

—Hay excepciones, amigo, hay excepciones y no pocas, pero oye: de que algunas mujeres sean tan malas como tú dices, ¿no tendrán bastante culpa los hombres? ¿Cumplirán estos fielmente con sus deberes de marido? ¿Sabrán ser buenos compañeros de la mujer que eligieron por esposa? Y en la elección de ésta ¿habrán tenido en cuenta sus cualidades morales más que las físicas? Decía un ilustre escritor alemán que «en la elección de esposa daba el hombre á conocer lo que se aprecia á sí mismo.»

—Mucho tinglao es ese. Yo de mí se decir que cuando me casé ella parecía una *santita* y despues poco á poco ha ido sacando las uñas, así que tenemos cada pelotera en casa que me río yo de eso de la gloria matrimonial y de la guerra *rusocaponesa*.

—¡Pero es que el verso no dice: «Verás en el matrimonio la imagen

de la gloria sino en el «buen matrimonio» y esto ya varia.

—¡Contra! vuelvo á repetirle que no los hay, que las mujeres...

—El mio, sin ir mas lejos, es una prueba cierta de lo que dice el verso.

—¿Nunca riñen ustedes?

—Nunca. Ella sabe disimular mis defectos, que claro que los tengo y yo disimulo los de ella, porque despues de todo, hay que comprender que en este mundo no hay nadie perfecto.

—Abundará todo en su casa.

—Como en la casa de un modesto empleado; con el último día del mes la última peseta.

—¿Y cuando vienen contrariedades?

—Las llevamos con paciencia, pues bien sabemos que á este mundo hemos venido á merecer y no á gozar.

—Y los hijos ¿no le ponen á V. de un humor de perros?

—Sí que le impacientan á uno algunas veces, pero sabemos contenernos en el justo límite.

—¡Rediez! dichosos de ustedes.

Pues en mi casa yo riño con mi mujer, mi mujer conmigo, y luego por añadidura los hijos... aquello es un infierno, como que apenas entro en casa ya me están dando ganas de escapar, porque las mujeres son muy malas, muy malas y los hijos los diablillos mas traviosos que ha lanzado Dios al mundo. Verá V. Yo gano cuatro pesetas y media cada día que trabajo ó sean diez y ocho reales completos, pues bueno, en casa mi mujer no me da mas que patatas viudas y siempre viudas y luego cascarrilla por la mañana y por la noche igual... es para aburrirse, y luego mas: en aquella casa no se puede parar; reducida y sucia, y los chicos sucios y yo abandonado; lo único que en mi casa está limpio á fuerza de saeudirla todos los días es la lengua de mi mujer, ¡oh la lengua, y cómo la da por la mañana y por la tarde y por la noche y mas todavía, con las vecinas, arreglando vidas ajenas en vez de cuidar de la nuestra... y para mal de males el amo de la casa nos echa porque no pagamos. ¡Habrás visto la gastiza! ¿Qué hace del dinero que la doy? ¿Para eso me estoy yo rompiendo el cuerpo todo el día y velando muchas noches?...

—¿Acabaste?

—¿Le parece á V. poco?

—No, me parece bastante, pero ahora me falta para juzgar, oír á ella sus cargos y descargos.

—¿No se fia V. de mí?

—Sí, hombre, si, mas ten en cuenta aquel dicho de que para sentenciar un pleito hay que oír las dos partes.

—Pues... bueno, ya oirá V. á mi mujer.

DIOS OYE Á QUIEN LE PIDE

Sor Eduarda Aparicio, Hija de la Caridad con residencia en el Colegio

de S. Vicente de Paúl de Medina de Rioseco, venía padeciendo desde 9 de Julio de 1905 dos crueles enfermedades, según certificado facultativo: flemón profundo del ante brazo izquierdo y cancer del estómago consintomas de irremediable y mortal. Perdida toda esperanza en lo humano, el 25 de Septiembre de 1906 Sor Eduarda fué llevada á la iglesia del Noviciado de las Hijas de la Caridad en Madrid donde según ella y testigos, recobró instantáneamente la salud, desapareciendo en el acto el tumor del estómago, el volumen del vientre, lainchazón del brazo y cicatrizándose enteramente las heridas.

Dicha curación fué calificada desde luego por varios médicos, entre ellos D. Antonio Sanjuán de Luna y D. Pablo Gallo Alonso, subdelegado de Medicina de Rioseco, como *cosa sobrenatural*, como un *verdadero milagro*, son sus palabras.



CUESTION RELIGIOSA (1)

—Buenos días, D. Antiguo.

—Así los tenga, D. Moderno.

—Todos los días son buenos; pero los de Cuaresma son mejores, porque son días de penitencia, días de salud para el alma y para el cuerpo.

—No me venga V. con ideas anticuadas; porque yo estoy convencido de que todos los días son iguales en bondad para los que disfrutan de salud completa y para los que tienen en cartera una remesa de billetes de Banco, mientras que los días son todos iguales en maldad para los que sufren alguna dolencia y para los que tienen el bolsillo lleno de aire.

—¡Hola! Ya se vé que V. piensa á la moderna y le cuadra muy bien el nombre con que se ha bautizado; pero escuche lo que le voy á decir.

—Diga Vd. D. Antiguo.

—Pues le voy á decir que conozco á muchos hombres que tienen dinero en abundancia y sin embargo, no pasan bien los días de su vida así como también conozco á muchos que sufren los dolores de la enfermedad y los rigores de la escasez pecuniaria y no obstante los días son buenos para ellos; porque tienen resignación y esperan una recompensa eterna.

—Ya la tenemos otra vez. Dale que le darás con la recompensa eterna; eso es una preocupación que ha pasado de moda; porque la recompensa está aquí en la tierra para los ricos y el castigo también está aquí para los pobres que apenas pueden comer trabajando de día y de noche.

—No quiero contestarle con razones de la santa Biblia que es la palabra de Dios escrita; porque sería har-to difuso; pero repase usted la Historia y verá como dos y dos son cuatro que la creencia en la vida futura, es una creencia universal, que se re-

Por exceso de original no pudo ir este artículo en el número anterior.

monta hasta el origen de los tiempos y que ha tenido á través de los siglos por defensores acérrimos á los hombres más sabios del mundo civilizado, mientras que los impugnadores de este dogma son muy contados y son de dos clases; unos que están eslavizados por sus vicios y no les conviene que haya un Cielo, ni un Infierno y otros que se hallan por apatía en un grado ínfimo de cultura intelectual.

—¡Hombre, hombre...! Veo que V. ha leído mucho; pues yo no siendo tan viejo como V. también he leído mucho y me he convencido de que la vida futura tan cacareada por la gente de sotana y cogulla, es una idea terrorista inventada en lostiempos de la edad media.

—¡Cataplun!... Ya ha tenido V. la mala suerte de caer por la escalera de la Historia y siento que se rompa las narices. ¿Cree usted que los mártires de los primeros siglos morirían decapitados y devorados por las fieras en el circo romano porque sí, sin tener en cuenta esa idea terrorista que según V. se inventó en la edad media?...

—Bueno, bueno; diga V. lo que quiera; yo seguiré pensando, como pienso.

—Pero, hombre ¿y por qué se empeña usted en abrazar una idea sin dar razón de ella, sin presentar pruebas para defenderla?

—Mire V. voy á serle franco. Siento mucha repugnancia á todo lo que huele á religión. Me gusta más el teatro que la iglesia; me simpatiza más el baile que la vela nocturna; me satisface más el «bochinche» que el retiro del hogar doméstico y me encuentro mejor paseando las calles que trabajando en el taller.

—Ya, ya; No pase V. adelante. Está resuelta la cuestión. No le conviene á usted bajo ningún concepto que haya otra vida más allá del sepulcro; no le conviene que se depuren responsabilidades después de la muerte; por que tampoco les conviene á los asesinos, ladrones y perturbadores del orden social que haya tribunales de justicia, y guardia civil.

A.

DIOS CASTIGA A QUIEN LE PROVOCA

Es terrible el caso ocurrido en la villa de Sallent el 16 de Enero último en la persona de un blasfemo conocido con el mote de *c... deus*. El domingo anterior á su desastroso fin, había dicho el infeliz, entre otros alardes de impiedad, que no quería ver á su lado á ningún cura en la hora de su muerte y que deseaba que ésta fuese repentina á fin de rehuir el Viático y la Extrema-Unción. Gozaba entonces de excelente salud—según atestiguó ante el Juez un compañero que le oyó—y—¡justicia de

